

Páginas Ilustradas

Revista Semanal

Año V ★ Director, Próspero Calderón ★ No. 200



Señorita Zoila Robles

(De Cartago)

Fot. Paynter Bros.

San José, Costa Rica. — América Central. — 31 de mayo de 1908

El cuarto honrar á padre y madre

Para Páginas Ilustradas

I

A quien, años atrás, hubiese vivido en Villaregia (cuya posición geográfica es inútil buscar en el mapa) habríale llamado la atención un matrimonio viejecito que todas las tardes, invariablemente, daba su paseíto por la carretera real. Aparentaban lo mismo el marido que la mujer, edad superior á los setenta años; y sólo el que los tratase con alguna intimidad, y pocos eran los que de ese favor disfrutaban, podía saber que aún se hallaban algo distantes de aquella edad.

Él, un señor alto, delgado y demacrado, con luenga y blanca barba, y con esa inclinación de cabeza que, cuando no la causa el peso de los años, tiene por origen los grandes dolores del espíritu.

Ella, bajita de estatura, con restos de belleza en su cara, pero también con no disipadas huellas de amarguras, llevaba, al contrario que su esposo, erguida la cabeza, distinguiéndola un aire de nativa arrogancia ó de natural energía.

Ambos vestían de negro.

Raro era oírles cambiar una palabra y sólo, de tanto en tanto, al cruzarse con algún conocido, un ligero movimiento de cabeza, de ella, y otro automático de él, llevando la mano al sombrero, servían de contestación al saludo de que eran objeto.

Se les conocía posición desahogada y se les respetaba y quería por sus repetidos actos en favor de los desgraciados. Ni el mendigo llamaba jamás en balde á su puerta, ni ocurría desgracia en la villa que ellos no procurasen aliviar. Pero una cosa, sobre todas, había sido, durante mucho tiempo, el motivo de las conversaciones del vecindario y de las críticas de las comadres. No se había visto, que ni don Rosendo, ni doña Luisa, que así se llamaban los viejecitos, pusiesen los pies en la iglesia.

Contábase que, tiempo atrás, el cura de la villa, hombre bueno si los hay, habíase dirigido á la casa habi-

tada por el matrimonio, en la que fué recibido, pero de la que salió con visibles muestras de tristeza y de contrariedad llevándose á los ojos su inconmensurable moquero.

Los curiosos y las curiosas, que es fruto abundante de todos los humanos planteles, trataron de investigar del padre Juan, tirándole, como vulgarmente se dice, de la lengua, el por qué de la abstención de religiosidad pública del matrimonio; pero el buen cura se contentó con decir que D. Rosendo y doña Luisa eran unas santas personas víctimas de las intolerancias é intransigencias que muchas veces se cometen, creyendo obrar bien, y no hubo manera de sacar nada más en limpio.

Cuando en la villa se iniciaba alguna mejora; cuando se trataba de auxilios para un a ilo, de satisfacer perentoria necesidad del Hospital ó del Común; de socorros á personas ó entidades, por alguna desgracia individual ó colectiva ó cualesquiera otras incidencias de carácter social, la primera puerta á que se llamaba era la de D. Rosendo, que pródigamente atendía la petición; pero el *no* más rotundo y terminante fué su contestación alguna vez que se trató de obtener de él auxilios para una festividad religiosa, ó para remediar necesidades de la iglesia y del culto.

Se cebó en la villa una epidemia, y D. Rosendo, á sus costas, improvisó y sostuvo un hospital al que eran llevados los infestados. Él y su señora los cuidaban y atendían personalmente y sólo en esa ocasión se le vio acompañado del buen párroco llevando socorros á la casa de algún atacado que, por su gravedad, no podía ser trasladado al hospital.

Después de pasar los ancianos por todos los tamices de la murmuración y de ser objeto de la crítica hipócrita y solapada de los fanáticos y santurriones, siendo calificados de herejes y descreídos, tuvo el pueblo que rectificar á los murmuradores, convencido de la bondad de los esposos, que

acabaron por captarse el cariño y el respeto de sus convecinos.

La curiosidad por conocer la causa de la aparente irreligiosidad de los cónyuges, subsistía, pero se estrechaba ante la reserva del cura que, por propia confesión de los interesados la sabía.

También por rara casualidad llegó después á mi noticia, y tal como me lo contaron lo voy á contar.

II

Don Rosendo y doña Luisa tuvieron dos hijos á los que educaron conforme á lo que su posición les permitía. Ramón y Pepe, que así se llamaban los muchachos, con ser los dos excelentes y muy cariñosos para sus padres, eran muy distintos en carácter é inclinaciones.

El mayor, Ramón, apenas obtuvo el título de bachiller, manifestó á su padre el deseo de seguir la carrera militar y, una vez conseguido el consentimiento paterno, con gusto otorgado, y el materno, ya no tan gustoso, ingresó en la academia de ingenieros de la que salió, ya de teniente para incorporarse á uno de los regimientos del arma.

Pepe, cinco años más joven que su hermano, travieso y juguetón, poco amigo de estudiar por lo mismo que tenía gran facilidad para aprender, era por su buen fondo y excelente carácter, el ojo derecho de doña Luisa que, creíase olvidada, hasta cierto punto, por Ramón, á causa de haber escogido una carrera que le separaba de sus padres.

De imaginación viva y ardiente, Pepe, se excitaba con cualquier narración heroica, juzgándose él mismo con las cualidades de un Napoleón, si de caso bélico se trataba, ó con la abnegación de un Juan de Dios si la cosa se refería á algún rasgo de abnegación y amor al prójimo; pero con estas excitaciones y entusiasmos poco ó nada adelantaba en estudios serios, ni en conocimientos provechosos.

Doña Luisa, á la sazón mística y tan religiosa que muchas veces pecaba de intolerante é intransigente, empezó por convencer á D. Rosendo, primero, y al propio Pepe después, para que éste fuera á seguir sus

estudios á un colegio de Padres Jesuitas próximo á la ciudad en que entonces vivían, y entre cuyos profesores contaba el matrimonio algunas amistades. Don Rosendo, en honor de la verdad hay que decirlo, no tenía grandes inclinaciones por la Compañía de Jesús, sin que dejara de reconocer la superior manera de enseñar que tiene y la relativa libertad de inteligencia que permite á sus educandos; pero cedió á las repetidas instancias de su esposa y más aún cuando se persuadió de que la madre había convencido al hijo. Pepe, de quien su madre supo herir la fibra más sensible, tuvo uno de sus raptos de entusiasmo y antela idea de lo mucho que podría aprender en cuatro ó seis años que estuviera bajo la férula de los discípulo de Ignacio de Loyola, aceptó la proposición lleno de fe y viéndose ya dentro de algún tiempo hecho un sabio eminente.

Soñaba con lo que había de perorar y escribir y gozaba de antemano con la fama que estaba llamado á alcanzar en el mundo científico. Lo que nunca pasó por su imaginación fué vestir el hábito, pues no entraba en sus cálculos ser sacerdote, ni remotamente eran esas sus aficiones, ya que si por algo se distinguía y hasta ello influyó no poco en la resolución de su madre, era precisamente por su ninguna afición á prácticas y actos religiosos.

Se escribió á Ramón, en aquella fecha de guarnición en una de las plazas importantes y el teniente contestó de conformidad, aunque aconsejando que se vigilase á Pepe, pues su carácter fogoso é irreflexivo, era el más á propósito para prestarse á influencias que *tal vez más tarde no se creyesen convenientes y no se pudiesen ya contrarrestar.*

Doña Luisa tuvo sus ironías para las advertencias de Ramón y D. Rosendo pensó seriamente en ellas.

Llegó el día fijado y el matrimonio fué á dejar en el colegio á Pepe, el que, dos días antes, había cumplido sus quince años.

III

Quedáronse sólo los viejecitos, consolándose de la ausencia de sus

hijos con las cartas que de Ramón recibían muy á menudo, y las visitas que periódicamente, por establecerlo así el reglamento del colegio, hacían á Pepe.

Pasó tiempo; dos ó tres años, cuando quiso el infortunio, que rara vez deja de asechar á las gentes, poner á prueba el ánimo de D. Rosendo y doña Luisa, matando á Ramón en una revuelta habida en la ciudad en que estaba de guarnición. Pintar el dolor de los padres, es cosa inútil. Puede imaginarse sabiendo cómo eran aquéllos de buenos. Cristianos de corazón y de conciencia, y fervorosos creyentes, consiguieron hacerse superiores á su pena, echándose en brazos de la resignación que es, al fin y al cabo, un gran consuelo no no pudiendo ser un remedio.

La idea de que pronto y una vez terminados ciertos estudios, volvería Pepe al seno del hogar, y lo alegraría con su carácter abierto y su entrañable cariño, era para los pobres padres un aliciente más para mitigar el pesar profundo que en su alma había dejado la muerte de Ramón.

Doña Luisa, especialmente, contaba ansiosa los días que faltaban para los exámenes que habían de poner término á los estudios de Pepe, proyectando un mundo de cosas y distracciones que sirvieran, además que de consuelo para todos, de premio á la aplicación y ejemplar comportamiento del estudiante, de los cuales, y especialmente de su talento, se hacían lenguas los padres jesuitas.

Llegó el ansiado momento y supieron con inmensa alegría, los pobres padres las buenas noticias de los exámenes de su hijo y el justo elogio que había merecido á sus profesores.

Según el reglamento del colegio, ocho días después de celebrados los exámenes empezaban las vacaciones de los alumnos; y D. Rosendo y su esposa, tenían ya preparado un viaje con el cual pensaban proporcionar un merecido descanso y premio á su hijo. Pero tres días antes de aquel en que Pepe debía salir del Colegio, recibió D. Rosendo una atenta es- que- la del padre Director, invitándole á una conferencia reservada.

Suponiendo D. Rosendo que se tirataba de alguna recomendación es-

pecial para que Pepe se dedicara á tal ó cual estudio ó carrera, por tener marcadas disposiciones para ello, ó, tomándolo por la parte peor, obedecer la cita á alguna travesura del muchacho para dejar de ella memoria en el colegio, y no queriendo llevar al ánimo de su esposa la menor zozobra, nada le dijo y el día fijado fué á avistarse con el Director.

Recibióle éste afablemente y viendo reflejarse en el semblante de D. Rosendo la curiosidad y también cierta incertidumbre, apresuróse á tranquilizarlo ponderándole hasta lo infinito las grandes cualidades de su hijo, y muy especialmente su humildad y sumisión.

—Pues entonces— dijo D. Rosendo,— si no se trata de alguna recomendación especial, ni de, una muchada, será que mi hijo está enfermo.

—Nada de eso; está perfectamente bien y sano de cuerpo y alma. Es más serio el motivo que me ha obligado á llamarle á usted.

—Señor mío; le suplico que me hable claro y de una vez. ¿Qué es ello?

—Su hijo de usted, D. Rosendo, posee dotes excepcionales y aptitudes envidiables que aquí, en esta casa, han tenido ocasión y lugar de manifestarse lo que, tal vez, no hubiera ocurrido viviendo al lado de ustedes con la libertad y tolerancia que, como cosa muy natural, le hubieran concedido. Aquí nosotros hemos podido observar, apreciar y estudiar las raras disposiciones de su hijo, procurando buscarles su natural adaptación, y él, por su parte, ha podido, á la vez, comprender todo lo que vale y lo que puede nuestra Compañía y la altísima misión que está llamada á cumplir. Su hijo, lo repito, dotado de una inteligencia, más que privilegiada, verda- lamente excepcional, ha sabido llegar hasta lo hondo de nuestra institución, de sus dogmas, preceptos y fines, ha sentido su alma inflamada en el sagrado fuego del Corazón de Jesús y siguiendo los impulsos de su noble alma y conociéndose con una vocación decidida.....

—¡¡ Qué.....!!

—Piensa abandonar por completo la vida del mundo y dedicarse al rescate de almas ciegas á la luz y á

la razón que, con la fe, sólo se hallan en nuestra sagrada religión.....

—¡Mi hijo quiere ser jesuita !!.....

—Su hijo de usted desea ser sacerdote y él mismo me ha suplicado que le participara á usted su determinación.

Don Rosendo se dominó; pensó en la advertencia hecha por el difunto Ramón al saber que Pepe iba á estudiar con los Jesuitas y con voz velada por la emoción, dijo:

—Está bien, pero supongo que me será permitido ver á mi hijo

—El mismo, ahogando el inmenso cariño que siente por ustedes, le ruega por mi mediación que le permita no presentarse, ahorrándose así una escena dolorosa para ambos.

—Oiga usted, padre; ¿usted está seguro de que eso es ser buen hijo?

—¡Oh, D. Rosendo; ¡no puedo entrar en discusión con usted! Sólo me permitiré recordarle que sobre el amor á los padres está el amor á Jesús, nuestro Redentor y Dios.

—Tiene usted razón, padre: no podemos discutir..... porque no podemos. Ustedes se llaman padres

del alma y nosotros lo somos de la vida; no insisto, pero á mi vez le voy á hacer una súplica.

—Cuenta usted con ser atendido, si en mi posibilidad está el atenderle.

—Quisiera que.....rogase usted á mi hijo, que mañana se digne recibirnos á mi y á su madre.

—Así se lo diré.

—No; si el caso es que deseo que se lo diga usted ahora mismo.....

—¿Ahora?

—Sí, señor; y tenga en cuenta que se lo pide un padre que va á dejar dentro de estas paredes el segundo y último pedazo de su alma.....

—Voy, D. Rosendo.

Y á poco regresó el cura diciendo:
—Su hijo tendrá mañana el santo placer de dar á ustedes su postrer beso; pero desearía que su padre, que debe sin duda comprender lo que pasa en su corazón, procurara, por todos los medios posibles que doña Luisa venga resignada de antemano y hasta satisfecha de que su hijo quiera dedicarse á Dios.

—¡¡A Dios?!! Perdóneme padre; Adiós, quise decir, hasta mañana.

César Nieto

(Continuará)

La hora internacional

En la Academia de Ciencias de París ha presentado recientemente M. Bouquet de la Grye, un detenido informe indicando las grandes ventajas que reportaría á la navegación y á las operaciones geográficas, la producción de una señal horaria, perceptible al mismo tiempo en todas las regiones de la tierra, y que, por consecuencia, hiciera conocer en cualquier rincón del planeta la hora del meridiano inicial. La solución del problema de las longitudes marinas, quedaría de este modo asegurada, en cuanto podría ser seguida día por día la marcha del cronómetro que debe dar la hora de dicho meridiano.

Según cálculos de un ingeniero parisiense, bastaría aumentar la potencia de los aparatos radiográficos instalados en la Torre Eiffel de París, para que las ondas emitidas se percibiesen con claridad en todo el Mediterráneo y en buena parte del Atlántico. Basándose en ello, cree M. Bouquet que una instalación de ese género en el Pico de Tenerife, permitiría emitir ondas que recorriesen la mitad de cada hemisferio.

La Academia de Ciencias, opinando que en el estado actual de la radiografía el *desideratum* de N. Bouquet no es irrealizable, ni mucho menos, ha nombrado una comisión encargada de estudiar el asunto.

Cual brota en el éter la estrella y fulgura,
de Aláh soberano siguiendo l ley;
cual brota, en la tela, soberbia pintura
al mágico toque de egregio pincel,
del grande Abderráhmen al regio mandato
Medina Zahara brillante nació,
alcázar que á todos supera en boato,
vergel que embellecen la tierra y el sol.
Marmóreas columnas admiro doquiera;
son tantas, que fingen floresta sin fin
y eclipsan la gracia de esbelta palmera
que allá en el oasis descuella gentil.
Mirad las alfombras que Persia ha tejido,
las sedas preciosas que envía Bagdad;
cortinas, tapices, do el arte ha sabido
la bestia, la planta, con vida copiar.
De mármol los muros, con limpia tersura
espejos parecen; el techo, que hurtó
al Líbano cedros, ya un cielo figura,
ya ostenta relieves de raro primor,
y cien pebeteros de ricas labores
fragancia despiden que envidia el jardín;
no hay pieza ninguna do fresco y rumores
no vierta fontana de alegre bullir.
Europa y Oriente con grata porfia
los vastos pensiles quisieron ornar;
jamás la palabra pintar lograría
ni tanta belleza ni tal variedad.
¡Adelfas, naranjos, el mirto, la acacia,
y rosas, y nardos, jazmín y clavel!
¡Qué formas! ¡qué olores! ¡oh, múltiple gracia!
¡Qué umbrías! ¡qué acentos! ¡cuán dulce embriaguez!
En lago apacible ceñido de flores
el cisne navega, cual niveo batel
y atrae los ojos con vivos colores,
jugando en las ondas, el rápido pez.
Su amor filomena cantando revela:
con pluma estupenda fascina el pavón;
en diáfano arroyo la airosa gacela
ya espeja su cuerpo, ya busca frescor.
¡Las ninfas bizarras que el griego poeta
veía en los bosques, el río, la mar,
aquellas huries que dice el Profeta,
serán recompensa del buen musulmán,
con esas mujeres que huellean ahora
las calles umbrosas del vasto pensil
ó nadan en baños que el mármol decora,
acaso pudieran jamás competir?
¡Qué espléndidos ojos, de imán poderoso!
¡Qué labios de rosa, colmados de miel!
¡Cabellos que ondean en río copioso!
¡Oh, senos turgentes! ¡oh, cérica tez!
¡Y tantas mujeres beldad y terneza
ansiosas le rinden á un so'lo señor,
así cual su aroma, frescura y belleza
legiones de flores tributan al sol!
¡Feliz Abderráhmen! Si fuerte su mano

esgrime el alfanje, cual rayo fatal,
 también sabe diestro con verso galano
 de insignes poetas la gloria emular!
 ¡Con cuántos laureles en Val-de-Junquera
 (furiosas recuerdan la ardida León,
 Navarra pujante, jornada tan fiera),
 altivo su frente gloriosa ciñó!
 En prósperos pueblos que el Atlas sombrea,
 del Ebro hasta el Betis, acatan su ley;
 Germania remota su alianza desea;
 Stambul la pomposa, la Galia también.
 ¡Oh, cómo deslumbra si va á la mezquita!
 ¡Qué escolta! ¡qué trajes de hermoso matiz!
 ¡qué esbeltos corceles! ¡Riqueza inaudita!
 ¡De piedras preciosas alarde sin fin!
 Y cuando cercado de corte esplendente
 que apifñase en amplio, dorado salón,
 humíllanle todos su sien reverente,
 y humea el pebete, pareceme un dios!
 Mas sólo una dicha le envidio ferviente,
 tan sólo el asilo por genios quizá
 labrado en la cumbre de cerro eminente,
 que altivo se yergue del parque en mitad.
 De azogue bullente raudal incesante,
 que el pórfido encierra con dura prisión,
 allí pugna, salta, se eleva ondulante,
 en torno esparciendo pasmoso fulgor,
 fulgor misterioso, fulgor indecible;
 reflejo parece de luz celestial;
 la mente subyuga con fuerza invencible
 y le hace mil dulces visiones crear.
 ¡Oh! mientras á sus plantas el bosque murmura
 mecido al impulso del aura de abril,
 y en éter sin nubes la luna fulgura
 é intensos aromas prodiga el jardín,
 con Aixa discreta conversa el Califa,
 escucha de Mozna la bella canción
 ó bien en el beso que otorga Jarifa
 delicias apura de sumo dulzor!
 ¡Feliz Abderráhmen! ¡Tesoros, grandeza,
 ingenio, placeres, amor y poder
 el hado propicio le da con largueza!
 ¡Su vida es risueño, magnífico Edén!

U X F I L Ó S O F O

Iluso poeta, mis pasos siguiendo,
 asómate y mira.

P O E T A

¡Parece ilusión!

F I L Ó S O F O

¿Qué ves?

P O E T A

Al Califa. ¡Qué vivo y tremendo,
 según muestra el rostro, será su dolor!

F I L Ó S O F O

Cual juez inflexible, la ley acatando,
 la sangre hoy derrama de su hijo Abdallah;
 mas llanto de padre le está consagrando.
 El mundo no encierra ventura cabal.

Variedades

Un distinguido caballero amigo nuestro, que nos ha prometido favorecer esta revista semanalmente con trabajos curiosos y amenos, nos ha enviado el que publicamos á continuación, muy ingenioso por cierto,

y con el cual creemos agradar á nuestros lectores.

Por lo demás, y como *por la muestra se conoce el botón*, esperamos que el amigo en referencia continuará ofreciendo, cada semana, un plato sabroso á nuestros favorecedores:

COMBINACIÓN DE RENGLONES CONCORDANTES EN PROSA

Léase renglón por renglón y luego un renglón sí y otro nó, empezando por el primero.

Sr. don Telésforo Merlin

Muy estimado señor: No se concibe que un hombre casi anciano, egoistón y que probablemente carece de las condiciones al efecto necesarias, no repare en galantear á las jóvenes inexpertas y piense en casarse. De esta opinión participan muchas personas que le aprecian de veras y las señoritas contertulias, que están dispuestas á eludir todo trato con usted por no verse precisadas á escuchar sus amorosas pretensiones: sea, usted, por Dios, más cuerdo y modesto y no enamore á la que en su carta llama su preferida, diríjase, más bien, á alguna cotorróna de su tiempo que le podría corresponder sin que haya en ello tan ridícula disparidad de edades, ni nada de extraordinario. Tiene V., amigo mío, demasiada vanidad, careciendo como carece, de ese *sprit* con que el hombre sabe atraerse (cuando no tiene las arrugas y la calva de usted) las simpatías de la mujer en todas las edades: no atribuya, pues, el consejo á un capricho mío. Mi tutor, que sabe donde le aprieta el zapato, y á quien amo y venero como á un padre, me ha manifestado abiertamente su oposición hacia lo que él llama un descabellado proyecto, y esto sólo basta y sobra para que yo rechace las aspiraciones amatorias de usted y siga sus consejos. ¿Qué más he de decirle? Manténgase bueno y no persista un instante siquiera más en su propósito, y esté seguro de obtener las simpatías de una franca amistad, pero no el corazón de su atenta servidora,

Justa Pérez Gil

Los huérfanos de la cinta roja

A mi querido compañero el General Roberto Yanguas

(De mis APUNTES DE CAMPAÑA)

Para Páginas Ilustradas

§

El alegre clangor de las cornetas llenaba el aire con las marciales notas de la diana que pregonaba la victoria; el estruendoso fragor de la fusilería había cesado; las antes ensangrentadas hojas de los machetes, limpias y relucientes, descansaban de la faena homicida entre sus fundas; los lastimeros gritos de los heridos eran reemplazados por el reír alegre de los victoriosos; de vez en cuando se oía un disparo que algún centinela avanzado hacía sobre alguno de los fugitivos que, llenos de terror, se ocultaban entre las malezas.

La corneta del Estado Mayor gritó una orden con su voz de cobre, y media hora después, compacto y alineado, el ejército principió á desfilar hacia el vecino pueblo, dejando en el sangriento campo de batalla las enormes piras, donde se hacía la cremación de los cadáveres, lanzando al cielo negras columnas de humo que saturaban el ambiente de un olor acre y penetrante á carne asada.

§§

Llegados al poblacho principió á distribuirse el servicio del campamento; las guardias y patrullas cruzaban la plaza en distintas direcciones.

Tendido sobre la hierba olorosa, aspiraba con el exquisito deleite de una voluptuosidad nueva un mal cigarro; contemplaba, sin pensar en nada, las azulinas espirales de humo que se tornaban de mil colores á la luz policroma de un magnífico crepúsculo en que moría la tarde magistuosamente; los jazmines despedían su fragancia embriagadora, haciendo un verdadero derroche de perfume exquisito que impregnaba la atmósfera con olor de mujer elegante; el puño del sable se undía

dolorosamente entre mi carne, me incorporé para cambiar de posición y entonces tropezó mi vista con un robusto campesino: buen ejemplar para el batallón, pensé; la limpia camisa medio abierta dejaba ver el pecho fuerte, ancha espalda, recia contextura, todo vida; traía entre sus manos encallecidas ancho sombrero de paja rodeada por una cinta de percal roja.

—¿Es V. el coronel?—interrogó con timidez.

—¿Qué ocurre?—respondió.

—Es que vengo á presentarme; he sabido que V. es muy bueno y que este batallón es el más *guapo*.

—De modo que eres de los nuestros y quieres defender la causa?

—Sí, mi coronel, pelear por la causa,—dijo entusiasmado.

Una curiosidad que nunca tuve con ningún voluntario me hizo preguntarle:

—¿Qué entiendes por la causa?

A tal pregunta, el presunto guerrero, poniendo en jarras los brazos respondió con cierto orgullo:

—Pues la causa, la causa es la cinta roja y como á mí me gusta la colorada más que la azul, quiero pelear y morir por la causa.

Una bandada de loros parlanchines tiñó de verde el cielo oscurecido del oriente y fué á perderse en la lejanía brumosa.

—Den de alta á ese muchacho—ordené á un oficial,—es un buen patriota; pero póngale camarada mientras lo probamos.

Di, en vano, un chupo al cigarro apagado y pensé con tristeza: uno más para tomar una trinchera, uno menos para labrar el campo.

Me tendí boca arriba y sin pensar en nada más, me puse á contemplar la salida de las primeras estrellas; el Padre Marte brillaba en medio de aquel cielo de primavera y con su

luz rojiza se me ocurrió con cara de borracho.

%% %%

Amanecía. El cielo despejado y sereno se llenaba de luz, el viejo sol enviaba por detrás de los montes sus primeras flechas de fuego que nimbaban las crestas de los cerros coronándolas de oro.

Las cornetas ordenaban marcha, los soldados con sus mochilas á la espalda se preparaban, los oficiales del Estado Mayor se movían de aquí para allá, ya cumpliendo órdenes, ó bien despidiéndose de las señoritas del pueblo que á medio vestir se asomaban á las ventanas; los ordenanzas de los Generales hacían acopio de aguardiente, chocolate y cigarrros; en las esquinas las mujeres del pueblo se agrupaban curioseando silenciosas y juntas; de pronto, de uno de los grupos se separó una muchacha alta, esbelta, bellamente pálida, con palidez de enferma; detrás de ella cogidos de la mano marchaban dos niños cloróticos, flacos y panzudos, llenos de paludismo y de miseria; llegaron á la puerta del cuartel y allí pude observarla mejor: enrojecidos por el llanto los grandes ojos rasgados que circundaban grandes ojeras violáceas, ojeras de dolor, ojeras de insomnio, de hambre y quién sabe qué más; un sargento la dijo un requiebro atrevido que hizo reír á un cabo; avergonzada se dirigió á mí, suplicando permiso para despedirse del esposo y darle una *mudita* de ropa.

Sonó el toque de tropa; los regimientos alineados esperaban la última orden. El batallón se puso en marcha, el voluntario del día anterior besó á la mujer amada y á los hijos idolatrados, puso el fusil al hombro y siguió entre la fila sin saber á dónde, sin saber por qué. El tambor sonaba lento, acompasado, marcial; la bandera orgullosa azotaba el aire como el ala de un pájaro extraño; un pilluelo encaramado sobre un árbol gritó un viva; la mula de un oficial estornudó.

Al dar la vuelta en la última calle del poblado miré hacia atrás, y allá, á lo lejos, confundida con las tropas distinguí la silueta de la aldeana y

los niños cloróticos, flacos y panzudos que agitaban sus manecitas descarnadas y sucias; compadecido volví la vista hacia el lugar donde gallardamente marchaba el voluntario, llevaba los ojos enrojecidos por el llanto, que en vano trataba de ocultar; un pensamiento misericordioso aleteó en mi cerebro y un presentimiento trágico estremeció mi cuerpo. “¡Armas á discreción, paso de caminos!”,—ordené; eché un trago y al frente de la bandera empecé á trepar la cordillera. Sin saber por qué, llevaba fijo en la memoria el cuadro del soldado que conteniendo el llanto dijo adiós á los seres amados de su corazón para ir á ofrecer su vida por el color de una cinta y en provecho de cualquier ambicioso. Un general de división pasó cerca de mí en su brioso corcel y relumbraron con el sol sus botas charoladas; le saludé y siguió; mi noble mula tronchaba las hojitas verdes que salían al borde del camino y trepaba, trepaba.

Allá á lo lejos el cielo se manchaba con las columnas de humo de las piras que consumían los cadáveres del día anterior; semejava aquello un incensario de muerte.

§§§§

Transcurrieron seis meses.

Una fanfarronada de calavera que nos valió un triunfo y costó una decena de hombres á la patria me dió las charreteras de General y el comando de la Brigada.

Llovía. El día gris como de estaño semejava un viejo triste; la fila de soldados parecia en la penumbra brumosa una larga procesión de fantasmas; envuelto en mi enorme capote cabalgaba en mi mula que arrojaba pringues de lodo á los soldados entumecidos y medio desnudos. Regresábamos al pueblo; por entre las ventanas medio abiertas, las mujeres veían el paso de la tropa. Acampamos.

Dispuesto el servicio de vigilancia y dadas las órdenes del caso me entretenía en desbaratar las tornasoladas burbujas que adornaban la espumosa superficie de una taza de chocolate hirviente, cuando llamó mi atención la gritería de los ordenan-

zas que impedían el paso á una pobre mujer que quería verme. . . . Llegó á mí, demacrada y haraposa, llevando dos niños desfallecientes y medio desnudos que dejaban ver á través de los guñapos que pretendían cubrirlos, sus piernas flacuchas y sus enormes panzas.

Aquella mujer que parecía una loca fijó en mí los ojos extraviados y con voz seca, trágica, me gritó rabiosa:

—¿Dónde está mi marido?

A la brutal respuesta de mi ayudante, lanzó un rugido, hizo una mueca horrible como si la estrangularan y con voz gutural articuló:

—Y ahora, quién nos mantiene; maldita sea la causa!

Y soberbia, extraviada, fuera de sí arrojó sobre mis botas enlodadas á ese par de criaturas que más parecían dos pingajos de carne, lanzó una carcajada siniestra y se alejó sola gritando: ¡maldita sea la causa, maldita sea la causa!

Al levantarme á recoger á los chiquillos brillaron sobre mis hombros las doradas presillas de mi grado; sentí que una oleada de vergüenza

me envolvió y pensé con la loca infortunada: ¡Malditas sean las guerras civiles!

Al otro día, á las primeras luces de la aurora empezó la marcha; abatido y triste por el recuerdo de la doliente escena de la noche anterior trepaba en mi mansa mula la loma; un ejército de nubes pardas galopaba por el cielo; volví hacia atrás la vista, y allá á lo lejos, las siluetas imprecisas de los árboles me parecieron aquellos dos niños clóroticos, flacos y panzudos que agitaban trágicas y vengadoras sus manecitas sucias.

Una violenta ráfaga de viento silbó en los árboles estremeciéndolos y una fuerte lluvia empezó á caer. Pensé con dolor en las lágrimas de la loca viuda y miré ruborizado mis presillas.

El trueno repercutió en el monte como una batería que se dispara y se me ocurrió la maldición de los huérfanos de la cinta roja.

En tanto, el ejército seguía trepando por entre el fango del camino en busca de la muerte.

Campamento del Roblal, diciembre de 1902.

A. F. de León

Limón, C. R. 1907

Desde los Andes

En la edición correspondiente al 30 de abril último de la notable y antigua revista *La Ilustración Española y Americana*, de la cual es director don Alejandro Moreno y Gil de Borja, encontramos los siguientes conceptos, que con gusto reproducimos, referentes á nuestro compatriota Lisímaco Chavarría:

“DESDE LOS ANDES.—Colección de poesías originales de Lisímaco Chavarría.

Recorriendo este volumen, leyendo las bellas estrofas que lo forman, hay

que reconocer, con el prologuista don Justo A. Facio, que Costa Rica puede ufanarse de poseer hoy en día un artista cuya inspiración honda, noble y sincera, ha explorado victoriosamente el mundo misterioso de la Poesía.

Y ese artista Lisímaco Chavarría, que hoy ocupa lugar preferente en la literatura costarricense, ha vivido ignorado en el rincón de una escuela de instrucción primaria de San José de Costa Rica, 1907.”

La psicología del duelo

Dice Isanto Acclive en *L' Italia Moderna* que muchos creen saber lo que es el duelo, y los más no saben lo que es: ni el ofendido que coge por vez primera en su vida una espada, ni el ofensor que abandona sus trabajos, sus afectos y sus costumbres para arrostrar y dar la muerte á su contrario.

El duelo es uno de esos actos que demuestran cuánto puede sobre el hombre la imitación y hasta dónde llega el influjo de la fuerza de inercia. A muchas personas les habrá ocurrido el caso, de jóvenes y hasta de hombres maduros, de hallarse de improviso dispuestos á batirse, sin haber jamás hablado de duelo, ni haber empuñado una espada ni un revólver. ¿Qué cosa es entonces el duelo, que así se recurre á él? ¿Es acaso algún hierro quirúrgico necesario para las enfermedades del ánimo? ¿Es la sola triaca medicinal garantizada por los siglos? Nordau afirma, con fina observación, que el duelo prueba que el instinto de conservación es en el hombre más débil que el instinto de groy ó de rebaño, y eso es lo más verdaderamente humillante para el hombre.

Probad, y preguntad al que va á batirse:

—Pero ¿es de veras que te bates?

—Sí.

—¿Y por qué?

—He sido ofendido.

—¿Y te bates?

—Seguramente.

—Pero ¿por qué?

Porque he sido ofendido: ¿cuántas veces te lo he de decir?

—Pero ¿por qué, ofendido, recurre á la payasada del duelo?

—¿Por qué?

—Sí, ¿por qué te bates?

Y el hombre, al llegar aquí, no sabe qué contestar, y, para su mayor vergüenza, replica:

—Porque se baten todos.

Decididamente, el instinto de conservación es más débil que el de rebaño, y esa individualidad del hombre, tan alabada, es una gran nebulosa, una quimera de los ideólogos.

Todo fenómeno patológico humano ha tardado siempre siglos en generalizarse, en tomar la forma epidémica. Quizá es así porque además de los miasmas físicos hay miasmas psíquicos, y la mentira de uno se hace mentira de los más. Una colonia animal es el emblema humano de muchas cosas; la independencia no existe, y la conciencia mucho menos.

—¿Por qué recurre al duelo?

—¿Por qué recurren los demás?

Y eso es todo: son más los actos inconscientes que los conscientes.

—¿Por qué te quitas el sombrero al pasar una carroza funeraria?

—Todos se lo quitan.

—¡Vaya una razón!

—Me han acostumbrado así desde pequeño.

—¡Bonita razón!

—Y además porque soy cristiano.

—¿Y porque eres cristiano ejecutas un acto sin saber el motivo?

—¿El motivo? Porque es un deber de los cristianos el quitarse el sombrero ante un cadáver.

—¿Te parece un acto hermoso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque... porque, á decir verdad, nunca he pensado en ello.

Y éste es el tipo corriente. Quitarse el sombrero ante un muerto que pasa es un acto cristiano: de donde resulta que los no cristianos se abstienen de hacerlo; y se abstienen sin preguntarse siquiera si aquel saludo, más que un valor litúrgico, no tiene valor altamente humano. Y así se realizan ó no se realizan miles de actos que no son propiamente actos del individuo, sino de la especie. Obrar sin saber por qué es la normalidad humana. ¿Cómo subsistirían tantas supersticiones si fuese de otro modo. Preguntad á los supersticiosos el por qué de tantas y tantas acciones suyas. ¿Por qué, por qué? No lo saben. Es el porqué de la inconsciencia.

Cuando un individuo furibundo se muerde las manos para no estrangular al adversario, revela que conoce su propia furia; pero el que casi tranquilamente recurre á una arma por la ofen-

sa de otro, en desacuerdo con todas sus costumbres, refrenando el movimiento de sus pasiones, ése no es un fuerte, sino un débil, un inconsciente y no un consciente. Y los primeros en no comprender el duelo son los que le combaten y los que recurren á resucitar los antiguos jurados; esos jurados huelen á consultas médicas, y las asociaciones antiduelistas á hospitales de males incurables. Los antiduelistas no hacen más que retórica.

El origen del duelo atormenta todavía el espíritu de los antiduelistas; y porque Aristófanés y otros hablan del duelo, afirman que el duelo es anterior al Cristianismo, y luego se entusiasman con los Horacios y Curia-cios para demostrar lo antiquísimo de las prácticas duelistas. ¿Y qué se saca de todo eso? El duelo nació antes que la espada, porque antes que la espada existió el espíritu de defensa; nació en todas partes y sufrió todas las transformaciones que le impuso el desarrollo de la industria humana. El mayor enemigo del hombre, ya lo dijo Hobbes, es el hombre mismo, y el hombre atacado por otro se defendería á pedradas y á palos primero, como después se sirvió del acero y luego de las armas de fuego. El duelo, entendido como lucha y no como farsa tabernaria, tiene la misma fecha de nacimiento que el hombre. No se trata de descubrir los orígenes de una lengua, que permiten establecer diversas hipótesis; se trata de la lucha, de la guerra, y ésa ha existido siempre. El duelo es la guerra de dos, violenta, astuta, terrible; sus causas eran las del odio en todos sus formas y por todos sus motivos; no tenía padrinos, pero no le faltaban espectadores.

Andando el tiempo se inventaron medios para defenderse y para matar; las armas formaban parte integrante del hombre, que jamás se separaba de su espada. ¿Qué tiene de particular que aquel hombre armado, al sentirse ofendido, echara mano á su tizona? Con la misma facilidad con que se suelta un bofetón al que nos insulta, si le tenemos á mano, el caballero medioeval tiraba de espada y golpeaba á su contrario; pero como éste no era manco y estaba tan armado como él, se entablaba la lucha hasta que uno de los dos quedaba inutilizado.

El duelo era así un acto natural y corriente; no era una farsa ni una bellaquería; era una lucha formal en que jugaba la espada y el puñal, porque espadas y puñales tenían siempre á mano los contendientes, como la lavandera de Zola en el *Assommoir* se sirve de su paleta, ó el zapatero de su cuchilla y de su lesna.

Todo eso, que entonces era natural, es hoy ridículo. Antes, recurrir al duelo no suponía más que hoy dar un bofetón; se recibía un insulto y se echaba mano á la espada, pendiente siempre del costado; hoy se recibe el insulto, y hay que correr á buscar una espada á la armería, si la hay, ó en casa de un amigo, y luego aprender á manejarla, y luego entregarse á lo que acuerden los padrinos, y luego á batirse, si ha lugar. ¿No es grotesco y bufo todo esto? Equivale á pasar con mil cautelas un abismo, para después retroceder y precipitarse dentro; tiene uno que refrenarse cuando se explica la cólera, y luego matar ó dejarse matar á sangre fría.

El duelo es hoy un fenómeno de la cobardía; donde los pusilánimes no estuviesen en mayoría no existiría el duelo. Leopardi ha dicho que hay cierto grado de miedo que se resuelve en temeridad; y ese es el caso del duelo: el instante temerario de una constancia miedosa. Un individuo insulta á otro, y éste, falto de sangre, palidece y no acierta á pronunciar una palabra; los amigos le excitan, y recurre al duelo. En el cartel de desafío no puede desahogar su irritación, pues el Código caballeresco lo prohíbe, y así se convierte en un autómatas, sin sangre, sin nervios, sin corazón: una especie de fantecho que se mueve según tiran de este ó del otro hilo los saltimbanquis que hacen de padrinos ó la sociedad que hace de espectadora. ¿Pues qué! ¿No se sabe que también la violencia tiene sus leyes, y que son leyes indómitas? Si el duelo es el terreno de la violencia, ¿cómo se quiere convertirlo en terreno de razón?

Se dice que el duelo no es un acto violento, sino el más bello acto caballeresco. ¡Vaya por la caballería! Pero ¿es posible que un hombre realmente resentido logre ante su enemigo jugar con una arma que no conoce ó que conoce por burla? ¿Es posible

que sujete sus nervios á las voces de mando del director del duelo? Eso es desconocer el movimiento pasional del alma. El códico caballeresco supone hombres que disponen de sí como de cosa muerta ó como muñecos de feria que se mueven cuando se oprime un resorte.

¿Y cómo vengar las ofensas si no se recurre al duelo? De todos los modos, menos el del duelo: con las armas, con las manos, con los pies, con la pluma ó con la boca; todo es preferible á dar en la bellaquería de la farsa duelista. Un Estado seriamente civilizado debería castigar la sola

proposición de duelo como un crimen; bastaría un solo cartel de desafío para justificar una condena. Nuestras leyes, desgraciadamente, están hechas para no castigar las injurias y para excitar á decir: "Y si no recorro al duelo, ¿qué otra satisfacción me queda?" En materia de injurias, nuestras leyes parecen decirnos: "Véngate por tí." Pero si todo eso puede inspirarnos desprecio hacia los legisladores que, debiendo obrar, no obran, no por eso debemos creernos autorizados para recurrir al duelo. Contra la razón no hay fuerza ni prejuicio que valga.

(De *La España Moderna*)

Fernando Araujo

Anagramas

En los días en que Napoleón I se coronó Rey de Italia, apareció en Milán un retrato de este Emperador, que no sólo atrajo las miradas de los amantes del arte como obra excelente sino que dando pasto á la crítica, alarmó la opinión pública y llamó la atención de la policía italiana. El cuadro representaba al gran capitán del siglo con la corona de hierro en la cabeza y ostentando los demás atributos de la dignidad real; debajo puso el pintor esta inscripción: INRI.

La intención del artista al escribir este monograma tan antiguo, sacado de la inscripción que Pilatos mandó fijar en la cruz del Salvador, en hebreo, griego y latín, á fin de que todos la entendiesen, causó en unos asombro, indignación en otros y fué motivo de comentarios para todos. Quiénes creían ver una ingeniosa aplicación á las perturbaciones políticas que la coronación de aquel conquistador pudiera traer; los cortesanos descubrieron una sátira punzante y un sarcasmo, y el vulgo interpretaba el suceso de tal modo, que los rumores públicos obligaron á la poli-

cía á buscar al pintor y averiguar su intención. Descubierto el autor manifestó que sólo se había propuesto darse á conocer y adquirir celebridad, así como honrar al recién coronado, supuesto que aquellas letras querían decir:

Imperator Napoleo Rex Italia

El Emperador Napoleón, Rey de Italia.

Inútil es decir la confusión que aquello produjo entre los que, creyéndole reo de Estado, se vieron obligados á elogiarle.

Sobre el hado funesto de los Bonapartes ha circulado un curioso anagrama que publicaron los periódicos en febrero de 1884.

¿Qué ha sido de los Napoleones?

N — apoles Imperator Gallorum
— oachin Rex napolitanus
H — ieronimus Rex Westphalia
— oseph Rex Hispania
— udovicus Rex Hollandia.

(Copiado para *Páginas Ilustradas* por JOSÉ TOMÁS SOSA SAA.)

San José, 11 de mayo de 1903.